

selo, porque le imponía de un modo indecible. Con todo eso, aquella mañana, al almorzar con ella, había tenido el valor de hablarle con el corazón en la mano, pedirle consejo y rogarle que fuese para él un guía, una amiga, toda vez que no podía hallar en su madre, dado el carácter de ésta, lo que él buscaba. La señora de Tencin le había contestado con gracia embelesadora, que la halagaba grandemente su petición, que le profesaba profundo cariño, que tomaba á su cargo aconsejarlo en todo y que contaba verlo muy frecuentemente, pues tenía derecho á ello como tía y como amiga.

Argental estaba tan gozoso, que no atinó en dar correctamente á su tía las gracias ni en decir lo que pensaba, y luego, ya serenado, la buscaba en casa de todos sus amigos para demostrarle su gratitud.

Como el caso era inocentísimo, no vi en él nada vituperable

En lo mejor de las expansiones de mi joven amigo, oí cerrar estrepitosamente la puerta de mi dormitorio, y entonces recordé que la Fresnaye estaba allí, y me vinieron á la memoria sus terribles celos.

— ¡Buena la hemos hecho! — exclamé, — vamos á ser causa de alguna desdicha... La Fresnaye lo ha oído todo.

— ¡Válgame Dios! — profirió Argental, — me voy volando á casa de mi tía.

— No, no vaya V. — dije, — el remedio sería peor que la enfermedad. La condesa se basta y se sobra para salir sola del atolladero; es demasiado ingeniosa para temer á ese monigote.

— Bueno, sí — replicó Argental, — pero eso no quita que yo esté inquieto.

— Nada tema V. A la señora de Tencin le bastarán media docena de palabras, algunas amenazas y echar al aire algunas pistolas; luego todo se apagará.

Argental se fué sin demora; sin embargo, no me atrevería á jurar que no estuviese un poco enamorado de su tía, aunque inconscientemente; porque aquél, á la par que frecuentaba el trato de las señoritas y las comediantas, había conservado una rara pureza de sentimientos.

Más adelante supe por Alejandra qué sucedió á causa de aquella conversación y cuán terribles fueron sus consecuencias.

## LIV

Acababa la señora de Tencin de regresar á su casa, cuando el señor de la Fresnaye entró tras ella pálido y tembándole la voz, señales infalibles de tormenta.

Alejandra, hecha ya á tales incidencias, no se aturulló, y preguntó al joven qué le pasaba.

La Fresnaye se dejó caer en una silla de brazos y se quedó, al parecer, sin sentidos.

— ¿Qué le pasa á V.? — repitió la condesa acercándose á la Fresnaye.

— ¿Qué me pasa? — rugió el joven levantándose enfurecido. — ¿Y V. se atreve á preguntármelo?

— Sí, y lo repito y lo repetiré mil veces. O está usted loco ó enfermo.

— No estoy loco ni enfermo, señora, pero sí advertido. Sé quién es V., lo he oído de labios de su cómplice.

— ¿Qué cómplice?

— ¡Cuidado que se necesita desahogo para...! ¿Qué cómplice? ¿Tantos tiene V., que me pregunta cómo se llama?

— Chocarrero, del todo chocarrero — exclamó la condesa echándose á reír; — no quiero oír más; no me retracto, está V. loco.

El pobre la Fresnaye, que realmente tenía trastornados los sesos, como lo probó, rompió en terribles carcajadas, y de pronto se interrumpió para reclamar sus pistolas de bolsillo, que Alejandra le había pedido prestadas.

— Voy á devolvérselas á V. en seguida — dijo la condesa, llegándose á su escritorio, donde había encerrado las pistolas, y presentándolas al joven.

— ¡Ah! ¿me las da V.? ¿No teme V. que yo haga uso de ellas? — exclamó la Fresnaye en un recrudecimiento de furia.

— ¿Contra quién?

— Contra el sobrino de V., el chisgaravís de Argental, que tiene la audacia de amar á V., y á quien tiene V. la infamia de recibir.

— ¡Ah! ¡mi sobrino! — articuló Alejandra riéndose todavía más estrepitosamente, — ¿se trata de mi sobrino? ¿á él es á quien quiere V. matar? De veras es admirable, y no podía esperar manos de su bondad y de su razón, caballero.

La Fresnaye levantó una de las pistolas, la señora de Tencín cogió la otra, colocada junto á aquél, y también la levantó, pero sin intención hostil, pues las armas no estaban cargadas.

— ¡Ah! señora — exclamó la Fresnaye, — quiere usted asesinar-me, como intentó V. hacerlo con el señor de Nocé. Ha envenenado V. á algunos de sus amantes á quienes el cardenal no miraba con buenos ojos; yo estuve á pique de correr la misma suerte, y me salvé por milagro: habíánmelo dicho, y no quise creerlo; pero ahora ya no lo dudo.

Al oír esta acusación, la condesa se puso atenta; sin embargo, no era aquella la primera vez que seme-

jante cargo llegaba á sus oídos, y le había hecho cierta mella.

Por una contingencia funesta, en los días siguiente y subsiguiente de una comida celebrada en casa de la señora de Tencín, murieron varias personas que á la comida aquella habían concurrido, y como tales personas eran sospechosas á Dubois, la acusaron. En este siglo los envenenamientos están de moda, y por una insignificancia sospechan de uno, y carga ese uno con el sambenito.

Con todo eso, la condesa tuvo el valor de dejar decir á la Fresnaye y no defenderse; lo escuchó perorar hasta el fin, y luego le cerró la boca prodigándole sus caricias, de las que aquél era tan idólatra que nunca resistía á ellas.

Alejandra apaciguó á su amante, hasta que los celos hicieron nuevamente presa en él, que tornó á sus insensatas exclamaciones.

Lo que en todo eso me disgustaba, es que la condesa se había hecho entregar considerables cantidades de dinero, hasta cuarenta y cincuenta mil libras de una vez, dinero que no podía ser para ella, pues no hacía de él ningún caso; ergo era para su hermano. Por otra parte, sin embargo, el arzobispo (pues ya á la sazón el hermano de la condesa era arzobispo de Embrún) le prestaba dinero, lo cual está probado por una carta que daré á conocer. Toda esta parte de la historia es bastante obscura.

Argental llegó jadeante á casa de su tía, y no pudo verla, pues la servidumbre, hecha á tales escándalos, no permitía entrar á nadie cuando ocurrían.

En todas partes era conocida aquella intimidad, y Voltaire no sólo se reía de ella grandemente, y remedaba de un modo notable los rebatos de la Fresnaye, pero también había compuesto sobre el particular, y

en verso, una parodia de los furros de Orestes; á la muerte de aquél, y entre sus papeles, es fácil que encuentren la parodia esa, no publicada por consideración á los Argental.

Las cosas no pasaron de aquí, y por espacio de algunos días reinó la paz.

De repente la Fresnaye se puso tristísimo; paseábase solo, con los brazos cruzados, por las sombrías alamedas de las Tullerías, y hablaba en voz alta, gesticulaba, blandía el puño é interpellaba á seres imaginarios, hasta el extremo de llamar la atención de los jardineros, que repetidas veces lo denunciaron al guarda mayor, que lo vigilaba personalmente.

La Fresnaye, al ver á la condesa Alejandra, sembraba sus discursos de frases por el estilo: «¡Ah! ¿V. lo quiere? esto acabará mal». «¡V. lo ama, desdichada!»

— ¿A quién? — preguntaba la Tencin.

— Su corazón de V. responde por mí, no necesito nombrarlo — profería el joven.

En hora bastante avanzada de cierta hermosísima y precozmente calurosa noche del mes de Abril, la Fresnaye se presentó en casa de Alejandra, que entonces vivía en la calle de San Honorato, cerca del Palacio Real, y le propuso que al día siguiente lo acompañase á los Prados de San Gervasio, para coger violetas y contemplar las lilas.

— No — contestó Alejandra, — en este tiempo no me gusta el campo, hace frío en él, y no hay flores ni fruta; una no sabe dónde sentarse, el césped y la hierba no han crecido aún. Hasta Mayo no me hablé V. de sus idilios.

— ¡Ah! ¿no quiere V.?

— No.

— ¿Tiene V. otro quehacer?

— Absolutamente nada.

— ¿Ha de recibir V. alguna visita?

— Ninguna.

— ¿Así, pues, puedo venir?

— Siempre que á V. le plazca.

— Vendré.

— Venga V.

— Bueno, pero no olvide V. lo que acaba de decirme. Si hace buen tiempo vendré por V.

— Excuse V. la molestia; no iré al campo.

— Présteme V. atención hasta el fin. Vendré por usted, y si V. persiste en su negativa... ya verá lo que pasa.

— ¡Un nuevo escándalo y una amenaza!

— Ya lo verá V., digo. Quede V. con Dios.

La Fresnaye se fué, sin que la condesa lo retuviese, tanto la aburría aquél.

Por la noche, visitaron á la señora de Tencin sus tertulios, y todos hicieron derroche de ingenio y buen humor, particularmente Fontenelle, que estuvo admirable.

La Fresnaye entró sin dirigir la palabra á nadie; saludó ápenas á la condesa, y fué á sentarse en un rincón, sin que los tertulios parasen mientes en él.

En esto, se entabló una chistosa discusión entre Argental y Fontenelle, que se tirotearon á porfía por espacio de una hora.

La señora de Tencin escuchaba con satisfacción á los contendientes.

Todavía me parece estar viendo á la Fresnaye cruzar el corro, encaminarse derechamente á su amante y decirle con voz inexplicable:

— Dé V. el premio, señora; la justa se celebra para V.

Todos miramos al joven, no sabiendo qué quería decir: luego recordamos sus palabras. Poco después, uno de los tertulios pronunció el nombre del

conde de Nocé, y la Fresnaye lo interpeló diciéndole:

— Continúa enfermo, ¿no es verdad?

— V. dispense, caballero, el conde de Nocé goza de una salud inmejorable.

— No puede ser, ¡si tendría que haber muerto!

Estas palabras fueron acogidas con una carcajada unánime.

— Ríanse Vds. — prosiguió la Fresnaye; — al freir será el reir.

Al retirarnos después de la sencilla cena que nos daba la condesa, la Fresnaye me ofreció la mano hasta mi coche, y, al despedirse de mí, me dijo:

— Dios guarde á V., señora; paréceme que no volveremos á vernos tan pronto como eso.

— ¿Sale V. de viaje?

— Sí, señora.

— ¿Para mucho tiempo?

— Para un gran viaje que haremos todos.

— ¡Todavía esas ideas!

— Señora, esta mañana he recibido un golpe mortal, y esta noche otro; ya verá V. lo que pasará. No venga V. mañana á esta casa, es la última prueba de amistad que doy á V.

— Al contrario, vendré.

— Pues no culpe V. á nadie más que á sí misma. Quede V. con Dios.

Dichas estas palabras, la Fresnaye fuése sin saludarme.

De vuelta en mi casa, no pensé más en el joven; pero al día siguiente hice el propósito de reir á su costa y hablar de él con la condesa. Sin embargo, priváronme de realizar mis deseos varias visitas y las muchas ocupaciones y disgustos que á la sazón me asediaban. Tal vez, de haber yo podido realizar mi proyecto, no hubiera acaecido la desgracia.

La señora de Tencin estaba sola en su casa, y hacía un día primaveral, como el anterior. Pont-de-Veyle y su madre se habían presentado temprano en casa de Alejandra para ver si ésta quería ir con ellos á Mendón, á casa de la señora de Coatquen, á lo cual la condesa dijo que no; y es que, á su pesar, ésta temía al insensato la Fresnaye.

Este se presentó á las dos de la tarde en el domicilio de su amante, y con gesto más lúgubre y huraño que de costumbre, dijo á aquélla:

— Señora, ¿le place á V. acompañarme hoy á los Prados de San Germán?

— No, ni más ni menos que ayer.

— Esto quiere decir que V. no me ama. Ya yo estaba seguro de ello, y no puedo ponerlo en duda; así, pues, estoy decidido.

— ¿A qué?

— Va V. á verlo, señora; pero, antes, sepa V. que he tomado toda clase de precauciones y que recaerá en V. lo que ocurra.

Al proferir estas palabras, la Fresnaye sacó de su faltriquera un objeto.

## LV

El objeto que la Fresnaye había sacado de su faltriquera era una pistola, muy bien cargada esta vez y pronta á ser disparada.

La señora de Tencin, dándose á autender que todo pasaría como de costumbre, no se alarmó al ver el arma.

— Fijese V. en la pistola — prosiguió la Fresnaye, — representa mi libertad. Sólo traigo esta; no

he querido tomar más que una, porque, de haber tomado dos, no habría resistido al deseo de llevar á V. conmigo adonde voy.

— Gracias, estoy bien aquí.

— No será así dentro de poco, pues va V. á presenciar un espectáculo triste. ¡Adiós, ingrata, malvada, homicida, adiós! V. me mata; me ha hecho V. desventurado, y no puedo soportar mi desventura. Maldita sea V., malditos sean sus amantes, maldito su hermano y cuantos V. ama.

Y la Fresnaye se apuntó la pistola á la frente, y antes de que Alejandra hubiese podido sospechar que ahora hablaba con seriedad el joven, éste se hizo saltar los sesos, que la cubrieron de despojos.

Lo que entonces pasó no es para descrito. Aquella mujer sin corazón, que nunca había amado á la Fresnaye; aquella mujer, que no tenía otra mira que barrer los obstáculos que hallaba en su camino, pasado el primer momento debió de pensar en los que iban á surgir de aquella espantosa catástrofe. Primeramente Alejandra quedó sorprendida, asustada; después sintió inquietud por sí misma; en cuanto al dolor y al pesar, ni por asomo, y me atrevo á decir que quizá se alegró de verse libre de aquel celoso. Lo único que le desagradaba era la forma.

La condesa habría pasado largo tiempo en el mismo sitio, en el mismo estado, con los ojos puestos en el cadáver, aunque sin verlo, si su servidumbre, alarmada por el pistoletazo y conocedora de los perpetuos furios de la Fresnaye, no hubiese acudido presurosa.

Al presenciar aquel espectáculo, los criados se sobrecogieron de horror, y al ver á su ama tan inmóvil como el exánime cuerpo de la Fresnaye, diéronse á entender que también ella estaba muerta, y empezaron á dar voces.

Pocos minutos después, la estancia reventaba de gente, y aquel populoso barrio estaba en conmoción.

Avisada la justicia, no tardó ésta en presentarse.

Allí fueron el asombro, el llanto, las interrogaciones; querían los agentes de la ley llevarse aquel cuerpo desfigurado, y hacer levantar á la condesa, anonadada y como paralítica, y obligarla á mudarse el vestido para que no se viesen aquellos despojos horribles. Los golillas abrumaron á preguntas á la Tencín, y unos se compadecían de ella, y otros la acusaban; pero la condesa no respondía, ni se defendía, ni daba explicación alguna; era un ser inerte, sin movimiento ni voluntad. Los soldados, el pueblo, las comadres que la rodeaban, aquel contacto con seres soeces, el nauseabundo vaho de la sangre y de tanta gente reunida en una pieza pequeña y cerrada, la emoción, el temor, todas esas sensaciones reunidas se le agarraron al corazón y le dieron un malestar insufrible.

Entiendo por corazón, á lo menos el corazón físico, ese corazón que se levanta cuando lo conmueve una causa insólita; en cuanto al otro, no intervenía para nada; no quiero que me acusen de mendaz.

La mujer de confianza de la condesa, al verla sola frente á aquel descalabro, tuvo felizmente la serenidad de enviar por el arzobispo y la señora de Feriol, que acudió presurosa al llamamiento conmigo, que me hallaba de visita en su casa al llegar el recado.

Cumpliré los ciento, como así lo afirman, y no olvidaré aquel espectáculo. La señora de Tencín tenía enemigos entre la turba que había invadido su habitación; y digo eso, porque los allí reunidos se negaron á salir de la casa y á voces pidieron que llevasen sin demora á la condesa al Castillejo, por

haber asesinado á aquel hombre. Algunos la defendían, y, á pesar de la inverosimilitud, más digo, de la imposibilidad del acto, tócame declarar que eran los menos.

La presencia del arzobispo calmó á la turba, ó, más bien dicho, la represó un poco. Todos guardaron silencio; pero hablaban por ellos sus miradas de amenaza. Yo, que no soy valiente ante la muchedumbre, hubiera querido encontrarme á cien leguas de allí; sin embargo, hice de tripas corazón.

— ¿Qué es eso? ¿qué pasa? — preguntó el señor de Tencín con arrogancia; — ¿qué significan esos murmullos? Si en esta casa ha sobrevenido una desventura, respétenla Vds. y retírense.

Y al ver que nadie se movía, añadió:

— Voy á invocar la fuerza, ¿oyen Vds.? La señora de Tencín necesita reponerse de esta terrible alarma; no turben Vds. más su reposo. Un insensato, repelido por la virtud de la señora de Tencín, se ha suicidado á los pies de ésta, lo cual es motivo de duelo, pero no de escándalo.

Con ser graves las circunstancias, los presentes, al oír la palabra *virtud* aplicada á la señora de Tencín, rompieron en una carcajada homérica que casi dejó despatarrado al arzobispo, que, sin embargo, se hizo el desentendido.

La justicia procedió al levantamiento del cadáver, y la muchedumbre siguió á la justicia; pero se detuvo delante de la casa y fué engrosando con los transeuntes hasta tomar los caracteres de una sedición.

De boca en boca y contra la condesa y su familia circularon frases de amenaza, y aun no faltó quien dijo en voz levantada:

— Es una homicida; pero no le pasará nada, es condesa, es la antigua cuya del peje Dubois. ¡Ah! ¡sí

fuere uno de nosotros!... ni en el Arrenal habría bastantes horcas, ni tendría bastantes sogas el verdugo.

Esto empezaba ya entonces, y después... ¡De qué modo han hecho progresar los filósofos el raciocinio de este pueblo, que antes de poco no querrá ningún gobierno! Es evidentísimo que si Dios no interviene activamente, la monarquía está perdida.

Nosotros pasamos largo rato en casa de la condesa para celebrar un como consejo.

— No hay que perder minuto — dijo la señora de Feriol. — Hermano mío, obra por tu parte, yo haré otro tanto por la mía. Voime á ver al mariscal para pedirle que visite al duque, pues importa que éste se entere por nuestro conducto antes que por otro cualquiera; las calumnias circulan con la velocidad del rayo.

— Yo me voy á casa de la señora de Prie — dijo Argental; — en las circunstancias presentes hemos de hacérnosla nuestra.

— Pues yo no sé qué quiero — articuló el arzobispo. — ¡Pobre hermana mía! ¡qué espantosa desgracia!

— No es esta la hora de las lamentaciones — dije á mi vez — y Vds. perdonen que me exprese así. Si puedo ser útil en algo, manden Vds. abiertamente.

Enviáronme á casa del duque de Luynes, que me dió la siguiente curiosa contestación:

— Si no tratase V. con tal gente, no se vería en esos berenjenales ni tendría que interceder por una mujerzuela como esa monja secularizada. Hace tiempo que la señora de Luynes y yo desistimos de amonestar á V.; pero no intervendremos en ningún asunto que atañe á V. ó á sus amigos. Pudo V. haber frecuentado con nosotros el trato de personas á cuya amistad está V. llamada por su cuna; y pues

ha preferido V. á esos truhanes, con su pan se lo coma, no la compadezco á V.

Tal fué la indulgencia y la caridad de mi devotísimo tío. Mi tía, que era mejor, no me hubiera recibido así. La buena señora me visitó y me sostuvo hasta su muerte, lo que le he agradecido siempre en el alma.

Lo primero que hicieron los agentes del rey, fué registrar los papeles de la Fresnaye, entre los cuales hallaron una carta dirigida al arzobispo, concebida en los términos que se verá á continuación, y que figura en el proceso: está chapuceramente escrita. ¡Vaya un amante para una mujer de tanto ingenio!

Decía la carta:

«Caballero: Siento morir sin poder quedar en paz con V. Me he deshecho para pagar á V. lo que le he pagado. De mi imposibilidad tiene la culpa su hermano de V., la cual, después de haber vivido conmigo en comercio de amor durante tres años, á vista de sus criados y de los de V., se ha apoderado de todos mis bienes; abusando de mi confianza de inscribirlos á su nombre, me ha puesto en la cruel necesidad de quitarme la vida. Si quiere V. evitar el castigo de Dios, envíela V. otra vez á su convento, del cual es seguro no salió canónicamente.»

Junto á esta extraña é incoherente carta había un testamento que decía totalmente lo contrario. Copio á continuación su encabezamiento, y doy de lado con lo que se refiere á la sucesión, pues resulta un verdadero embrollo:

«En vista de las advertencias y de las amenazas que de asesinar me ó hacerme asesinar me ha hecho

repetidas veces la señora de Tencín, amenazas que, días atrás, creí se proponía realizar ella misma por haberme pedido prestada una de mis pistolas de bolsillo, que tuve el valor de dársela; y como, por otra parte, me consta que aquélla ha hecho cuanto ha podido para hacer asesinar al señor de Nocé, y sé también que por su carácter es capaz de los crímenes más horribles, he juzgado ser conveniente en grado sumo la precaución de redactar mi testamento, que es como sigue.»

Más adelante decía:

«Esa vil es tan perversa, que su recuerdo me estremece. Menosprecios públicos, enormidades, sevicia, no son parte á explicar la mitad de lo que he pasado. Pero todo su encono se deriva de haberla sorprendido yo, hace un año, engañándome con Fontenelle, su amigo amante, y de haber luego descubierto que se entendía con su sobrino Argental...»

«Concluyo reclamando justicia al señor duque y al señor guardasellos, los cuales están en el deber de no consentir que esa desdichada continúe su infame modo de vivir; han de obligarla á que se vuelva al convento de Montfleury, cercano á Grenoble, en el cual había entrado, para que en él haga penitencia por sus pecados.»

En vista de tales pruebas, fué imposible echar tierra al asunto, y no hubo sino continuar la causa.

Antes de que el mariscal y el señor de Tencín hubiesen podido dar un paso, la condesa fué detenida en su casa, en nuestra presencia. Yo me retiré; pero Argental se empeñó en acompañar á su tía, y nadie se atrevió á impedirselo. Alejandra no estaba convicta ni acusada, y, por consiguiente, no podían

tratarla con todo el rigor de la ley. Un magistrado la esperaba en el Castillejo, con el cadáver de la Fresnaye.

Hicieron entrar á la condesa en la sala donde yacía el cadáver de su amante, y como esto la cogió de sorpresa, al verlo exhaló una gran voz y cayó desmayada en brazos de su sobrino, que trataba de bárbaros á los jueces.

Vuelta en sí, gracias á los cuidados que le prodigaron, trajéronle un sillón y la trataron con algún miramiento; pero no retiraron de su presencia aquel objeto espantoso. Alejandra pasó así cuatro horas, sometida á un prolijo interrogatorio durante el cual le hicieron las más minuciosas preguntas respecto de su vida pasada y al número de galanes que había tenido; ítem más, preguntáronle si era cierto, como decía en su escrito la Fresnaye, que estuviese en relaciones íntimas con Fontenelle y su sobrino allí presente.

Argental se levantó é hizo ademán de tirar de la espada; pero dos agentes subalternos lo sujetaron.

— Estése V. quieto, joven, le dijo el magistrado, — y no insulte V. á la justicia. Al hacer lo que hacemos, estamos en nuestro derecho.

Argental guardó silencio, pero no se calmó, lo cual se comprende: el interrogatorio nada tenía de agradable para él, que con tanta ternura amaba á su tía.

Al terminar el interrogatorio, separaron de su sobrino á la condesa, que estaba anonadada, y la llevaron á uno de los calabozos del Castillejo mismo, que es donde encierran á los criminales.

Alejandra, aterrorizada, pasó una noche terrible, y hubo necesidad de llamar al médico, lo cual motivó que los enemigos de aquélla dijesen:

— La matan los remordimientos.

## LVI

Entretanto, los amigos de la señora de Tencín hacían vivas gestiones, y no daban reposo al duque ni al Parlamento, que estaba empeñado en tratar del asunto.

El arzobispo, á puro rogar y llorar, pues lloraba en todas partes, obtuvo la promesa de que encerrarían á su hermana en la Bastilla; era una mejora; así dejaban de confundirla con los criminales comunes destinados á la horca.

Con todo eso, la condesa estaba tan rigurosamente incomunicada, que no dejaban llegar á ella ni las cartas, é interceptaron algunos dulces que le enviaron.

Es indecible lo que Alejandra padeció en aquella clausura; en nada estuvo como no perdió el juicio. Acostumbrada á la buena compañía, á las lides del ingenio, al mimo de cuantos la rodeaban, se comprende su amargura, esto sin contar las inquietudes que lo porvenir le infundía.

A pesar de todo, nadie creía en un asesinato; la tenían en mal concepto, sí, pero aun sus enemigos comprendían que Alejandra se habría desembarazado de otra manera de la Fresnaye; porque nadie asesina si tiene la certidumbre de que van á castigarle, si sabe que no podrá recoger el fruto de su crimen, á no impulsarlo una pasión salvaje, y la señora de Tencín no era apasionada.

Fué preciso abrir una información, que retuvo por espacio de algunos meses encerrada á la condesa. Por fin, la causa pasó al gran consejo, que vituperó la memoria de la Fresnaye, absolvió de la acusación

á la señora de Tencín, y anuló el testamento de aquél, calificándolo de libelo.

Publicada la sentencia, el arzobispo fué á buscar á su hermana, cuya casa se vió concurridísima por espacio de ocho días. Yo, que había tomado mucha parte en la detención de la condesa, y quería verle la cara, pues decían que había envejecido grandemente y que no parecía la misma, fui una de las primeras en visitarla.

Alejandra, ya de suyo alta, delgada y de largo cuello, al salir de la prisión era un verdadero esqueleto. A la sazón tenía aquélla unos cuarenta y cinco años, y no lo parecía; pero después de lo ocurrido, cualquiera le habría echado sesenta.

— ¡Ah! mi querida marquesa — exclamó la señora de Tencín apenas me vió, — todo ha concluído, mi resolución es irrevocable.

— ¿Y eso? — dije. — Todavía le sobra á V. ingenio para lucir en la sociedad elegante.

— ¡Ay! amiga, soy muda y nunca jamás quiero oír hablar de eso. Me propongo vivir para mi hermano, mis amigos y las letras; en cuanto á lo demás, ya ni sé si hay hombres en el mundo.

— Lo creo, señora, y al fin...

— Al fin es V. joven, y me encuentra V. muy vieja para pensar aún en la galantería... ¡Ah! también para V. transcurre el tiempo; llegará V. aprisa al punto que yo, y entonces sabrá V. que nunca la mujer se tiene por demasiado vieja para agradar.

— No lo creo, señora.

— Ya lo verá V., cual es V. he sido yo. Ante los espejos se corre un velo.

Nuestra conversación duró largo rato, y parecióme que la condesa estaba muy desalentada.

En cumplimiento de su promesa, en lo sucesivo Alejandra no se ocupó más que en sus aventuras.

Hasta su muerte, tomó parte en todas las intrigas de aquel tiempo, y, con todo, eso, conservó su crédito en la corte, y por corte entiendo los ministros y los demás cuerpos del Estado; porque en cuanto al rey y á la reina, nunca puso los pies en sus cámaras, ni era probable que, de haberlo intentado, lo hubiese conseguido, dadas sus pruebas y sobre todo su reputación. Disfrutar simultáneamente de ambos favores era demasiado.

La señora de Tencín hacía alarde de corresponder amistosamente con el papa Benedicto XIV, que le envió su retrato; y digo que hacía alarde, porque mostraba á todo el mundo las cartas del padre santo, lo cual no la canonizó.

Tuvo siempre la condesa por enemigo á Voltaire, que no le dejaba hueso sano; y la despellejaba desapiadadamente, y decía:

— Y aun cogería un tenedor, pues no querría tocarla ni con las yemas de los dedos.

Si mal no me acuerdo, más atrás dije ya que cada uno de ellos apoyaba en razón diferente su odio. Alejandra sostenía que Voltaire le había hecho la corte y solicitado vanamente su correspondencia, y Voltaire afirmaba no haber nunca pensado en tal cosa; indiferencia que recibía su castigo, y que ya anteriormente lo recibiera mayor, pues, según se daba por cierto, lo habían encerrado en la Bastilla por culpa de la condesa, que lo denunciara al regente y á Dubois como autor de los *He visto*.

— Lo cual es tanto más vituperable — decía Voltaire, — cuanto que ella conocía la verdad; ha sido ruin como Enone, no mala como Fedra, pues no tiene la pasión de esta desventurada por excusa. Tan enjuto tiene el cuerpo como el corazón y la imaginación; es un pergamino roído de ratones y en el cual nada puede leerse.

El hermano de la condesa, que realmente había estado en Roma, como conclavista del cardenal Bussy, tornó á la Ciudad eterna como embajador, según ya dije; y más que velar por los intereses de Francia, veló ante todo por los de su protector el cardenal Dubois, y luego por los suyos personales. Tencín se hizo nombrar sucesivamente arzobispo de Embrún, arzobispo de Lión y cardenal, y convocó un concilio en Embrún contra el obispo de Senez, é hizo chirriar las plumas de los gacetilleros.

Tencín se metió de hoz y de coz en los negocios de Estado; escribía poco y sólo quería poseer mucho dinero y ser primer ministro.

Y Tencín fué primer ministro y obtuvo mucho dinero. El cardenal Fleury aparentó designarlo por su sucesor, pero lo hizo de modo que el rey lo tomase anticipadamente en animadversión y así no pudiese Tencín ver cumplidos sus deseos. Nunca ha habido mono, vieja, estudiante, ni procurador, más malignos ni más astutos que aquel cardenal octogenario. Tengo para mí que previó hasta la tercera generación de sus enemigos y les puso vallas.

Mis relaciones con el señor de Tencín nunca se han interrumpido, ni aun después de muerta su hermana; volveremos á encontrarlo en tiempo de la señorita de Lespinasse.

He llegado á un punto de mi vida penoso de contar, con ser esa vida la de todos, poco más ó menos. Me habría sido menester más valor y más virtud para resistir al torrente que nos arrastraba. Voy á dejar á los Tencín y á contar un lance que nos fué común, y cuyas consecuencias se prolongaron para mí, al paso que para ellos sólo duraron lo que dura una impresión inesperada. Ello no obstante, pintará claramente el carácter de entrambos y servirá de toque final.

Tratábase de un maravilloso castillo edificado por un viejo recaudador de contribuciones para una suelta querida, y que nunca le sirvió más que de señuelo, pero de señuelo dorado, como en los alrededores de París los tenían los tales recaudadores.

Aquel castillo, situado en un rincón del bosque de Senart, había costado muchísimo dinero. Canalizóronse hasta él abundantes aguas, y construyéronse surtidores, cascadas, arroyos y un lago. Los árboles eran majestuosos, y el conjunto ofrecía el aspecto de uno de esos retiros de que nos hablan los cuentos de hadas, y en los cuales esconden princesas perseguidas por encantadores perversos.

El señor de Tencín quería comprar un fundo, y aquél estaba en venta, porque la deidad, desavenida con su bienhechor, que se obstinaba en vivir, había disipado sus beneficios y estaba á la merced de sus acreedores.

Samuel Bernard se negó á prestar auxilio al viejo, pero no le impidió deshacerse de las *Delicias*, adonde por curiosidad iba la gente, aun los que allí nada tenían que hacer, y se puso á la moda haber visto aquella maravilla. Lo bueno de la historia es que, para que la semejanza con los castillos de hadas sea completa, todo desapareció como por arte de magia. El viejo banquero redimió bajo mano el castillo é hizo derribar lo por él levantado. No quedaron ni vestigios.

Cierto día, la señora de Tencín y el arzobispo vinieron á verme y me propusieron ir, juntos los tres, á recorrer aquel hermoso sitio, lo cual acepté de buena gana.

Partimos en la carroza del arzobispo, llevándonos con nosotros un cura llamado Aillán, capellán de aquél, que lo seguía á todas partes y se dormía tan pronto se sentaba.

No podía ser más cómodo, y tengo para mí que el arzobispo había mandado hacer ex profeso al cura aquél.

Durante el camino conversamos alegremente, y de paso notamos que el paseo de las Delicias estaba bastante frecuentado para que un ventero hubiese establecido en él, provechosamente, una venta donde los visitantes hubiesen podido comer. El tiempo estaba hermoso, pero hacía un calor extraordinario, que nos obligó á echar mano de la fruta que á prevención nos habíamos llevado, fruta riquísima por cierto, y que procedía de Dubois, que todas las mañanas la enviaba en gran cantidad y á cual mejor á la condesa.

Con tratarme llanamente la Tencín y su hermano, parecía como que no se atrevían á preguntarme qué había pasado entre el regente y yo. Sospechaban alguna inteligencia, y como el cura, lo mismo que si no estuviera presente, pues dormía como un lirón, se habían ambos puesto de acuerdo para interrogarme durante aquel viajecito.

Yo veía tal cual vez al duque de Orleans, pero muy recatadamente, á lo menos por mi parte, pues por lo que respecta á él, no reparaba en barras. Ahora bien, como me había negado á concurrir ni á una cena y á ver á persona alguna, y no había dicho á nadie lo ocurrido, excepto á la señora de Parabere, que, entre otras cualidades, tenía la de ser discretísima, estaba segura de ella; así, pues, acusé únicamente al duque de Orleans al ver que el lance transpiraba. Yo no quería declararlo de ninguna manera, y aquellos rumores provocaron el fin de él.

Así estaban las cosas cuando mi paseo á las Delicias. Larnage, alejado por mi intimidación con Su Alteza, y que, sin embargo, no se había apartado de mi corazón, llamaba otra vez á la puerta de mi memoria, y como á cada punto me asaltaban irresistibles

tentaciones de incitarlo á volver, así lo hice por medio de una carta, á la cual me contestó, respetuosa y apasionadamente, que no quería verme. Víctima de una especie de hipocondría, el joven todo lo veía tenebroso.

«En tal disposición de ánimo — decía Larnage, — no puedo anudar relaciones con V., señora; sería V. la primera víctima de ella; la aburriría á V., y me consta cuánto la asusta á V. el tedio. No me acuse V., pues no es culpa mía si me acosan ideas espantables y pensamientos insensatos. Continúo amándola á V. con la misma pasión; pero tengo para mí que no es usted merecedora de este amor, hasta el punto en que yo antes lo creía. Dispense V. mi lenguaje en gracia á mis padecimientos. Una vez me haya recobrado, iré á verla á V., si todavía se aviene V. entonces á recibirme.»

Como no era yo mujer para violentar á Larnage, dime por advertida, y fué un mal. De haber vuelto aquél, quizá su influjo y sobre todo su presencia me habrían impedido distraerme. Me aburría; de ahí todas mis sandeces. Voltaire lo repetía á menudo: «El tedio es el padre de todas las sandeces de las mujeres y de todas las extravagancias de los hombres.»

Empecé la lucha contra el enemigo que tantas veces me ha vencido, con el cual he de vivir y al que nunca he podido señorear. Esta lucha inacabable durará mientras yo viva, nunca la apaciguaré. Desde que me conozco estoy bajo el dominio del tedio, lo cual me lleva frecuentemente á pensamientos filosóficos respecto de lo que ignoramos; es imposible que no haya otra cosa en otra parte y que acá en la tierra todo concluya para el alma.

Volvamos á mi visita á las Delicias y á lo que

de resultas sobrevino. Al leer esto, el señor Walpole dirá que soy una *capricante*, terminacho que no sé dónde aquél lo ha pescado.

## LVII

Como dije, pasábamos el rato conversando, en la carroza, traqueados por los baches del camino é interrumpidos por las exclamaciones que á ratos exhalaba el cura al despertarse sobresaltado. Para mí, que deseaba callarme, era eso muy cómodo, pero muy desagradable para los demás, que preparaban el terreno para hacerme hablar, enredándome en su lenguaje.

La señora de Tencin no se daba punto de reposo respecto del regente, de la dicha de sostener con él no fuese sino una pasajera relación de amistad.

— Al duque lo juzgan mal — decía la condesa, — no lo conocen; habría que verlo en compañía de mujeres capaces de apreciar su carácter, que lo condujesen al bien, en vez de dejarlo en el cieno en que lo arrojan.

— Dice V. bien — contesté; — opinó como V.

— ¿Lo conoce V., señora? Paréceme haberla oído á V. decir que lo había visto con frecuencia en casa de la señora de Parabere.

— Efectivamente, señora, tuve la honra de encontrarlo algunas veces... ¡Jesús! ¡qué mal camino!

— ¡Misericordia! — exclamó el capellán volviendo el rostro, — me he levantado un chichón en la frente.

Así pasamos todo el camino, con gran repocijio mío.

¶ Por fin llegamos á las Delicias, y sé decir que el

lujo y el esplendor de aquéllos admirables jardines de Armida despertaron mi entusiasmo.

Pasamos el día entero mirando y admirando.

— Monseñor estaría aquí muy bien alojado — dijo el cura, tomando por madonas y ángeles las Venus y los Cupidos que poblaban los jardines.

Alejandra y yo pereciámos de risa, y ambas nos complaciámos en hacer proferir exclamaciones de asombro al cura, explicándole qué era aquella casa y para qué la habían construído.

— ¡Es posible que haya gente tan perversa! — exclamaba Aillán.

Y lo extraordinario es que, con hacer muchos años que el cura vivía en una sociedad tan poco canónica, á pesar de sus canonicatos, era hombre tan de buena fe, que en realidad tenía á todos por tan castos y puros como él; verdad es que pasaba á lo menos la mitad del día y toda la noche durmiendo.

— Es tan bobo — decía la señora de Tencin, — que respondo aún de sus sueños.

Por la tarde nos bajamos para merendar en el jardín. El bodegonero, mediante un tanto alzado, se había hecho prestar por el conserje una linda glosieta, donde servía á los parroquianos que le ofrecían garantías de reciprocidad. Nuestro aspecto, nuestro coche, las moradas medias y la blanca valona del arzobispo, le parecieron merecedores de confianza, é improvisó una merienda bonísima, y nos sirvió vinos pasaderos; en suma, comimos mejor que en algunas casas de París.

Cuando ya nos disponíamos á tomar el camino de regreso, vimos llegar á dos jóvenes hidalgos, uno de los cuales ostentaba el uniforme de los guardias franceses. Ambos se reían á más y mejor y contendían á quién era más cortés.

— Pase V., caballero.

— Pase V., marqués.

— V. dispense, pero no paso yo delante.

— Ni yo tampoco.

— Sin embargo, es preciso tomar una decisión.

— Cuanto más que el tiempo apremia.

— Alegres están esos caballeros — profirió el arzobispo; — cualquiera diría que nos buscan á nosotros.

— Puede que sí — dijo la señora de Tencin pavoneándose.

— Parece que titubean — articuló el arzobispo; — podemos ponerlos de acuerdo.

Y volviéndose al cura, añadió:

— Vaya V. y, en mi nombre, pregúnteles á quiénes tiene V. la honra de hablar y en qué podemos servirles.

El capellán echó á andar, y, andando, parecía un pavo empalado: su sotana y su valona formaban la rueda, y caminaba de tal suerte que, al verlo venir, los oficiales soltaron una carcajada tal, que nos contaminó á nosotros.

— Caballero — dijo el cura á uno de ellos, después de haber hecho tres reverencias, — ¿me hace V. la merced de manifestarme quién es el caballero que le acompaña á V.?

Y volviéndose hacia el otro y designando al primero, agregó:

— ¿Y V., caballero, tendría á bien decirme quién es este señor? Vengo de parte de Su Grandeza monseñor el arzobispo de Embrún.

Tan superlativamente sandio era Aillán, que los oficiales, tomándolo por hombre de chispa, pues no suelen soltarse sino adrede majaderías de tal calibre, se pusieron al diapason, y, juntando las manos como capuchinos, le contestaron, diciendo uno de ellos:

— Este es el caballero de Bellevue.

— Y este — añadió el otro — es el marqués de Meuse.

— ¿En qué podemos ser útiles á Su Grandeza? — continuó el primero.

— Su Grandeza me envía para que indague á quiénes tengo la honra de hablar y para que me informe respecto de lo que él puede hacer en pro de ustedes.

— Su Grandeza puede ocupar en nuestra gratitud el sitio que ocupa el estómago en la vida de un hombre: perecemos de hambre.

— Aquí hay una posada.

— Bueno, sí, pero en ella no queda ni un mendrugo, ni una taza de caldo, ni una pierna de alondra.

— No veo...

— ¡Cómo! ¿V. no ve en la mesa de Su Grandeza aquel apetitoso capón, del que no queda sino la mitad; aquella pierna de carnero, aquel plato de sesos fritos y qué sé yo cuántas cosas más, que nos hacen un agua la boca?

— ¿Así, pues, quieren Vds. comer?

— Nada más apetecemos.

El cura hizo otra reverencia á los oficiales y regresó adonde nosotros; pero yo, que todo lo había oído, al llegar aquél ya pedía al arzobispo que mandase llamar á los dos hambrientos.

Aillán avanzaba paso ante paso, y como yo era joven, atolondrada é impaciente, me llegué, volando, á la puerta, y dije en alta voz:

— Caballeros, monseñor el arzobispo de Embrún y la condesa Alejandra de Tencin, su hermana, tienen el gusto de convidarlos á su mesa.

— ¿Y la hermosa embajadora? — exclamó el marqués de Meuse, que á mi primera palabra se había avanzado.

— Es la señora marquesa del Deffand — interrump-

pió el cura, que, por la primera vez de su vida, habló acertadamente.

Los dos oficiales aceptaron agradecidos, sentáronse llanamente á la mesa, y durante el primer cuarto de hora comieron sin descanso; luego levantaron los ojos, y el marqués de Meuse me miró. Ni el marqués, que era mozo apuesto, ni yo, que también lo miré á él, nos sonrojamos, pues en tiempo de la Regencia eso de sonrojarse no se conocía.

El caballero de Bellevue se volvió instintivamente hacia la señora de Tencin; ambos tenían talento, picardía, y aun diré malignidad.

Luego que el marqués hubo respondido á las primeras y asaz insignificantes preguntas del arzobispo, me hizo á mí otras no más importantes, pero sí diferentes, como diferentes fueron mis respuestas. Hablamos de la casa, del jardín, de la gente que los visitaba y de las probabilidades de compra.

— Será una bailarina.

— Será un asentista.

— Será un gran señor.

— ¿Y qué dirían Vds., señores, si fuese un arzobispo?

— Diría, monseñor, que en Francia hay únicamente un arzobispo con suficiente ingenio para no ser ridículo en un antiguo templo de Venus.

— Permítame V. que le diga que nosotros exorcizamos.

— Hay diablos que resisten á todo, monseñor.

— ¿V. lo cree así?

— Sí, monseñor, los diablos hembras. Ni el mismísimo Lucifer conseguiría ahuyentarlos.

El marqués, al par que conversaba y comía, me miraba, y yo lo chaba de ver; con todo, hice que no lo advertía; pero mi fingimiento no lo engañó. Iba obscureciendo, y hacía uno de esos tiempos que ensan-

chan aún los ánimos más afligidos; respirábamos y conversábamos con tal delicia en medio de las flores, junto al agua, que ninguno de nosotros pensábamos en irnos.

La señora de Tencin, perezosísima en coche, se acordó de los caminos y fué la primera que habló de regreso.

— ¡Estamos tan bien aquí!—articuló el arzobispo.

— ¿Y si volcamos?

— ¡Qué hemos de volcar! Pero si por casualidad esto acaeciese, con levantarnos estaríamos al cabo de la calle.

— Tú lo tomas todo á chanza.

— Y tú eres excesivamente tímida. ¿Se vuelven ustedes á París, señores?

— Sí, monseñor.

— Pues haremos el camino juntos.

— Si Vuestra Eminencia y estas damas lo consienten, será para nosotros una dicha.

La condesa, que tenía miedo, y yo, que coqueteaba, lo consentimos con toda nuestra voluntad.

El arzobispo envió al cura para que apresurase á los criados, y anudamos la conversación, que fué haciéndose más íntima conforme iba obscureciendo.

Una languidez embriagadora se apoderó de nuestros sentidos; y es que sentíamos los efectos de una buena digestión, hecha en condiciones de bienestar y de contento.

Al avisarnos que todo estaba dispuesto, nos levantamos, y el marqués me dió la mano con gracia y galantería notables.

El arzobispo, la condesa y yo nos subimos á la carroza de aquél, y se acomodaron en su silla de posta el marqués de Meuse y el caballero de Bellevue, los cuales dijeron conocer un atajo delicioso, ceñido de cespederas.

Acordamos, pues, que nuestro cochero seguiría el camino de los oficiales, que tomaron la delantera.

Nuestro buen humor tomó un diapasón poco acostumbrado entre personas que se ven por vez primera.

— Es verdadero hombre de mundo, ingenioso y cumplido y gallardo caballero el marqués de Meuse — dijo el arzobispo.

— Sí, tiene buen aspecto — profirió Alejandra; — pero me gusta más el caballero de Bellevue.

— ¿Y V., á cuál de los dos prefiere? — preguntó el arzobispo al cura.

— Prefiero á entrambos — dijo Aillán, contestando como siempre en caso parecido.

Durante la hora primera, todo pasó á las mil maravillas; el tiempo estaba hermoso, el camino era admirable, la luna brillaba esplendorosa, y mientras íbamos dejando atrás los árboles del bosque, de uno á otro coche cruzábamos un tiroteo de chistes; pocos viajes he realizado tan deliciosos como aquel. Una hora hacía que avanzábamos entre árboles, y, con hacer sobrado tiempo que teníamos que haber salido del bosque, todavía estábamos en él.

— Nada teman Vds.—nos gritaron desde la silla de posta,—sabemos muy bien adonde vamos.

Aillán abrió un ojo, lo volvió hacia el horizonte, y dijo sentenciosamente:

— Parece que esta noche va á llover.

— ¡Bah! — exclamé, — con ese tiempo tan hermoso no puede llover.

— Mucho me temo que V. se engañe, señora marquesa.

— Escuche V. — me dijo la señora de Tencín con su acostumbrada languidez, y á la cual sabía dar una inflexión verdaderamente cómica, — el padre Aillán tiene todas las condiciones de los gansos, y ya V. sabe que los gansos son excelentes barómetros:

Nosotros nos echamos á reir, y el capellán, que no comprendió la pulla, hizo lo mismo.

Transcurrió otra hora, y la predicción iba tomando apariencias de realidad: el espacio se nublabá más y más, y en lontananza relampagueaba. Fuera ya del bosque, todavía y á trechos encontrábamos grupos de árboles, y sin seguir camino alguno trazado, cruzábamos una campiña completamente desierta.

La condesa, minada por un miedo cerval, sólo revelado por suspiros, al desgarrar un rayo las nubes y retumbar un trueno que con su estrépito hizo saltar uno de nuestros caballos, exclamó:

— ¡Estamos perdidos! ¡estamos perdidos!

— Perdidos, no — replicó el arzobispo; — extraviados, quizá, y es lo que falta saber. Señor Aillán, que llamen á esos caballeros.

La carroza y la silla de posta se detuvieron casi simultáneamente, y el marqués de Meuse se acercó á nuestra portezuela.

— ¿Adónde vamos? — preguntó el señor de Tencín al oficial.

— Mía fe que no lo sé de fijo, monseñor — contestó el marqués, — y eso mismo nos preguntábamos uno á otro el caballero y yo. Tengo para mí que el pillo de nuestro postillón ha empinado demasíadamente el codo y que se ha desviado.

— ¡Válgame Dios! ¿qué va á ser de nosotros? — exclamó Alejandra.

— No se apure V., señora condesa, tal vez daremos con una choza donde pasar la noche.

— ¡Es imposible! ¡no lo quiero! — exclamó la condesa. — La tempestad se ha desencadenado, y tal vez estamos rodeados de facinerosos.

— Con efecto, este lugar no tiene muy buena fama, señora condesa.

— Sí, puede V. reirse.

— ¿Qué quiere V. que haga? Mire V., la señora marquesa del Deffand también se ríe.

— A la edad de la señora, todo provoca á risa.

— Vamos á ver, señora condesa, hace un tiempo magnífico...

— ¡Y está lloviendo á mares!

— Hace un calor sofocante, y está V. sentada en los almohadones de un buen coche. ¡Vaya una desgracia pasar una noche á la luz de las estrellas!

— ¿Estrellas? no se ve ninguna.

— Hay la luna, y viene á ser lo mismo, por más que las nubes la oculten.

— ¿Y la cena?

— Saquearemos el campo.

— ¿Y los ladrones?

— Somos siete hombres, sin contar á monseñor y al bravo capellán; si se presentasen, los exterminaríamos.

— ¿Traen Vds. armas?

— La silla de posta está llena de ellas.

— ¡Malhaya la partida de campo!

— Al contrario, señora, bendita sea. No recuerdo haber hecho en mi vida otra tan agradable.

— Ni yo — dije.

— Ni yo tampoco — añadió el caballero.

La señora de Tencín creyó estas últimas palabras como dirigidas á ella, y profirió:

— Pues precisa que así sea, ni yo.

Y la condesa se serenó inmediatamente.

Celebramos consejo para decidir lo que habíamos de hacer, mientras la tempestad iba en aumento y amagaba desatarse con toda furia. Siguiendo una costumbre de convento, Alejandra se signaba y profería exclamaciones á cada relámpago.

El marqués se ofreció á salir en busca de lo que hacía falta con sus criados; pero la condesa se opuso,

temerosa de los ladrones; y al proponer aquél que nos quedásemos donde nos hallábamos, tampoco se avino, á causa de la tempestad, pues los árboles atraen al rayo.

— Pues sigamos adelante — dijo el marqués.

— No puede ser, nos extraviaríamos aún más — replicó la señora de Tencín.

— ¿Qué partido tomar, pues? — articuló el de Meuse.

Yo continuaba riéndome, y, para ser justa, he de añadir que el arzobispo de Embrún me acompañaba.

El capellán dormía, y cuando el brillo de los relámpagos lo despertaba, estregábase los ojos y volvíase del otro lado, susurrando:

— Apaga la vela.

Dábamos vueltas á un círculo vicioso; pero, felizmente, otros trabajaban mientras nosotros discutíamos. Mi lacayo y el del marqués, dos perillanes bastante resueltos, se llegaron á nosotros y nos dijeron haber encontrado en las inmediaciones una torre contigua á una casa de campo, donde, mediante dinero, consentían en darnos alojamiento y cena.

— ¡Misericordia! es una caverna.

— Caverna ó gruta, mi querida condesa, vale más eso que una carroza mojada. Comeremos, dejaremos que la tempestad se apacigüe, y descansaremos; luego nos indicarán el camino, y como en este tiempo amanece muy temprano, seguiremos adelante antes de pocas horas.

Alejandra opuso todavía muchas dificultades; pero triunfó la mayoría, y pronto fuimos instalados en una cabaña muy limpia, habitada por un matrimonio sin hijos, no excesivamente pobre, que nos preparó una tortilla tal cual y nos dió sidra y leche deliciosa y pan moreno de superior calidad. Esto me recordó Chamrond.

Como dijera nuestros criados, junto á la cabaña había una torre en ruínas, que sirvió de cobertizo y de cochera; metieron en ella los caballos y los coches, é instalado que se hubieron, en ella también, los criados con su cena, todos quedamos satisfechos de nuestra buena estrella, excepto Alejandra, que echaba de menos su cama y decía que, sentada en un banco de madera, no se le ocurría idea alguna.

### LVIII

Ya pueden Vds. figurarse qué fueron aquella cena y aquella noche; suerte que habíamos decidido tomarlo todo á risa. De vez en cuando la condesa aseguraba haber oído abrir escotillones y que por ellos iban á salir facinerosos armados de todas armas y prontos á echársenos encima para estrangularnos.

La condesa, que había visto enrobar á Cartucho y estaba segura de reconocerlo entre mil, decía, mirando á nuestro hospedador, hombre pacífico si los hay:

— Ese es Cartucho, ó uno de sus tenientes escapado del patíbulo.

Aparte eso, todo iba á las mil maravillas.

Al amanecer, nuestro hospedador nos indicó el camino que teníamos que seguir, y como no estábamos lejos de París, llegamos á él todavía á tiempo para dormir algunas horas en nuestras camas.

Sin más tardar, al día siguiente el marqués y el caballero se hicieron inscribir en mi casa. El marqués me visitó á poco, y lo recibí, y luego menudeó sus visitas hasta hacérmelas diariamente, y acabamos por donde muchos á la sazón empezaban. Dícenme y me afirman que hoy no pasa eso.

El marqués de Meuse, hombre de peregrino ingenio y de trato fino y agradabilísimo, me puso en relaciones con una persona llamada á ser, antes de poco, la más poderosa del reino: me refiero á la marquesa de Prie, la cual era muy conocida como amante del duque, primer príncipe de la sangre y nieto de Luis XIV, por su madre, hija del difunto rey y de madama de Montespán.

La marquesa de Prie me llevaba dos ó tres años, pero ambas éramos jóvenes, aunque por distinto modo. El padre de aquélla era Berthelot de Pleneuf, comerciante y hacendista, no obstante lo cual su familia había emparentado con personajes tales como los Matignón, los Novión y otros. Pleneuf sólo se curaba de ganar dinero, y, para cosecharlo, lo sembraba; en contra, su mujer se complacía en echarlo por la ventana. Y aquí viene de molde decir que la tal señora tenía á porrillo los galanes, entre los cuales figuraban el príncipe Carlos, Mazarino, Senneterre y Montmorency.

A Pleneuf le importaba eso un bledo; con tal pudiese llenar sus cofres, fuese del modo que fuese, estaba satisfecho; y de tal suerte hincó las uñas, que cuando tomó el negocio de los víveres, robó la mitad. Gracias que pudo rescatar su vida cediendo todos sus bienes. Al pasar esto, su hija estaba ya casada con el marqués de Prie, embajador en Turín. La madre y la hija eran rivales en todo, se detestaban rabiosamente, y aprovechaban todas las ocasiones de perjudicarse una á otra; así es que la hija se halló en sus glorias cuando su madre, arruinada, se vió reducida á vestir trajes de barragán.

— Estoy pronta á dar á mi madre cuanto quiera, excepto con que hermosearse — decía la marquesa de Prie.

No recuerdo haber visto en mi vida una criatura